

aunque no siempre resultan suficientes. Epicuro, un filósofo de la Grecia antigua, lanzó un dilema que todavía resulta inquietante y es el argumento más fuerte para quienes no conciben la existencia de Dios. Decía Epicuro: Si dios puede eliminar el mal, pero no quiere, es malo. Si quiere, pero no puede, no es omnipotente. Si no puede y no quiere, no es dios.

El ser humano tiene que asumir la responsabilidad de sus actos. Dios, que es Amor, no lo creó malo, pero sí lo hizo incompleto para hacerlo partícipe de la Creación. El ser humano, imagen y semejanza de Dios, es co-creador y su obra fundamental es él mismo, y es además un ser libre que puede optar por todas las decisiones disponibles, incluso las malas.

Para evitar el mal, Dios tendría que anular la libertad y obligar al ser humano a ser bueno, pero entonces quedaría reducido al nivel de cualquier bestia. Al mal, independientemente de cualquier creencia, lo asociamos dentro del marco legal, con la acción delictiva, no necesariamente con toda actuación ilegal. No se nos ocurriría incluir dentro de la lista de criminales peligrosos a una persona que ha estacionado su automóvil sin pagar el parquímetro. Asumimos que el mal moral, causa de la criminalidad, está intrínsecamente ligado con la decisión consciente de provocar un daño. Un sujeto que atropella a otro por accidente y le mata, tiene que pagar su deuda social por el homicidio imprudencial, pero no es un criminal. El daño, debe ser provocado con intención. Y también es claro que el mal es una realidad inmersa en la vida de toda persona. Todos hemos provocado intencionalmente algún daño, aunque pocos accedan a concretar el homicidio.

Sin embargo, el conocimiento del mal nos humaniza en el sentido de que no todos somos buenos, pero todos estamos incapacitados de arrojar la primera piedra. Con mucha frecuencia nos sentimos cercanos a los demás pero no en las grandes gestas sino en la vulnerabilidad. Lo que nos es común a todos no es la fortaleza, la sabiduría o la santidad, sino la fragilidad, la pobreza y hasta el pecado. En el mal entendemos parte de nuestra esencia, la naturaleza perecedera y precaria que nos marca en el camino de la vida, las oquedades que nos llevan a preguntarnos por el sentido de la vida y el destino incierto. Para entender al criminal no necesariamente tendremos que haber cometido un asesinato, basta con ser humanos y haber vivido.

La sociedad no es un abstracto, es una comunidad de personas concretas, cada cual con su propia realidad, con sus esperanzas e ilusiones y que, sin embargo, deciden libremente mantener un vínculo por las cosas que aman mutuamente, aun cuando ello signifique la renun-

cia a una parte de su libertad, con la perspectiva de lograr un bien mayor para la comunidad. Esta renuncia parcial, tiene sentido por el bien común, siempre que realmente sea común; es decir, el sentido de la alianza social conlleva la no exclusión de ninguno de sus miembros. Esto quiere decir que el primer crisol en el que ha de probarse la democracia es la amplitud, es la capacidad para incluir a todos. Lo cual no implica que las opiniones deban ser las mismas para todos, como tampoco que todos los pareceres sean igualmente válidos; y esta capacidad inclusiva de la comunidad no impedirá que, dentro de su propio seno, existan individuos que renuncien a la posibilidad de la convivencia equitativa y justa y se autoexcluyan actuando en contra de la comunidad y en contra de sí mismos. Este último aspecto le da validez a la existencia de las leyes y las instituciones asistenciales. Pero, igualmente, no justifica que se mantenga la exclusión por parte de los demás y, por ello, se ha de pretender la reincorporación, la rehabilitación, la readaptación, porque cada persona en la comunidad debe ser considerada como insustituible en virtud de su unicidad personal y del ideal de unidad que sostiene el proyecto comunitario.

En el año 2009, nuestro amigo Carlos Díaz nos compartió un primer borrador de varios libros. En el primero de ellos mencionaba lo siguiente:

“El hombre tiene el terrible poder, que Dios no ha querido para sí, de tratar al otro como cosa, pero solamente a costa de dejar de ser automáticamente persona él mismo y degradarse al estado biológico animal. Nada podrá en tal caso liberarle de la animalidad en que él mismo se ha situado”².

Este párrafo, que no he podido compartir, me llevó a reflexionar que, en su misterio, el ser humano puede encarnar las más grandes contradicciones, puede animalizarse en ciertos momentos y circunstancias, envilecerse y aun así no dejar de actuar como persona. El criminal más atroz, el cobarde, el traidor, no lo es siempre y puede ser, en determinados momentos, persona generosa, leal, fiel. No somos seres que puedan separar la luz de la sombra. No existen el Dr. Jeckyl y Mr. Hyde; no por separado. No somos ángeles o demonios. La persona encarna a ambos. Por eso todos estamos en riesgo de condenación y todos podemos ser salvados.

Tal vez recuerden los relatos de crímenes de Chesterton, resueltos por su genial personaje, un sacerdote católico, el padre Brown, quien desentrañaba los misterios de manera contundente y clara y, cuando explica el método que utilizaba para llegar a la verdad, sorprende cuando confiesa que era él quien cometía todos los crí-

2 Díaz, C.: *¿Quién es la Persona?* Inédito, p. 48.

menes. “No los perpetré, decía, pero sé que soy perfectamente capaz de haberlos cometido, pienso en el crimen, en cómo pudo haber sido cometido y cuáles pudieron ser las causas poniéndome en lugar del criminal y, cuando estoy seguro de sentir lo que él sintió, de pensar lo que él piensa y cuando veo el mundo con sus ojos, sé que no hay diferencia entre los dos y es entonces cuando puedo saber quién es el criminal”.

Cuando tengo noticias de una persona que ha traicionado a otros o se ha traicionado ella misma (que es con frecuencia lo mismo), cuando me entero de crímenes y pecados atroces, recuerdo al padre Brown porque puedo entender al plagiarlo, al ladrón, al infiel, porque yo soy igual a él, yo soy su hermano, sólo que nuestras historias han sido distintas; él pudo haber estado hoy con nosotros en esta fraternal reunión y yo pude haber sido un criminal; eso es -hasta cierto punto- circunstancial, aunque una de las circunstancias es el uso que dimos a nuestra libertad, con los elementos que cada uno tuvo para ello. La figura del criminal o la del loco, la de aquel individuo que calificamos como perdido o desajustado, llama siempre la atención por la secreta sospecha de encontrar similitudes con nosotros mismos. ¿Qué tan lejos estamos de ser así?, ¿qué es lo que evita que nuestra vida se tuerza y quiebre?, ¿y qué conduce, por otro lado, a quien destruye, a quien mata, a quien mutila?, ¿qué tan parecidos somos?

Según las escuelas psicoanalíticas de Viena, las tres grandes motivaciones son: la voluntad de placer (Freud), la voluntad de poder (Adler), la voluntad de sentido (Frankl). ¿Cuál es la que predomina en nosotros?

En un artículo de Carlos Monsivaís en el que describe la personalidad de Daniel Arizmendi, el llamado ‘mochaorejás’, consigna palabras que el propio secuestrador pronunció en una entrevista después de su captura:

“Arizmendi reclama para sí el disfrute mayor: el poder devastador sobre otros cuerpos, la victoria reiterada sobre la debilidad ajena: ‘Yo creo que sí volvería a empezar. Aunque tuviera 100 millones de dólares lo volvería a hacer. Secuestrar era para mí como una droga, como un vicio. Era la excitación de saber que te la estabas jugando, que te podrían matar. Era como adivinar, ahora le corto una oreja a este cuate y va a pagar’. ¡Y pagaban! ‘No sentí nada ni bueno ni malo, al mutilar a una víctima. Era como cortar pan, como cortar pantalones’⁴. Daniel Arizmendi eligió la senda de la criminalidad, del secuestro; siente ese placer mórbido por el dominio. Voluntad de placer, voluntad de poder, aunque parece, en cambio, diluirse la voluntad de sentido. No hay un objetivo vital,

tan sólo el sentido de la oportunidad inmediata; de la trascendencia a la reducción fatal de la inmanencia.

“Al secuestro -dice Monsivaís de Arizmendi- se dedicó ante el florecimiento de la industria, y en este ramo no es un precursor ni un innovador, sólo alguien sin escrúpulo alguno y con don de mando, que un día determinado lanzó miradas de cazador sobre una sociedad indefensa y localizó la actividad que le convenía”⁴.

El ser humano es un misterio, no necesariamente por inentendible pero sí por incomprendible, en el sentido de no tener forma de comprenderlo—contenerlo, por su vocación de infinito. El ser humano no tiene límite ni hacia lo alto ni hacia lo bajo, como decía Frankl, el instaurador de la tercera escuela psicoanalítica de Viena, al recordar sus días en los campos de concentración nazis y el sacrificio del padre Kolbe para salvar a otro recluso: “El hombre es el ser que siempre decide lo que es, es el mismo que creó las cámaras de gas, que el que pudo entrar en ellas con la cara en alto y musitando una oración”.

Es el mismo que puede secuestrar y matar, que el que puede dedicar su existencia a promover la libertad y la vida.

Por eso, y pese a lo dicho anteriormente, el propio Carlos Díaz, en su ensayo inédito, también apunta:

“¿Cómo fundamentar el valor y la dignidad absoluta del ser humano? Esta persona no conoce a sus padres, ni a nadie; babea permanentemente; padece ataques y convulsiones periódicas; ni siquiera sabe regular sus esfínteres. ¿Alguna habilidad? Da vueltas y vueltas de día y de noche en torno a una estufa de carbón a buen ritmo y sin tropezar con ella. Tal persona podría ser considerada por algunos como un ser inferior a otros animales más inteligentes. Sin embargo, desde la perspectiva del amor que le profesa su padre, es la persona más digna, la persona más ‘persona’ del universo. ¿Por qué? Sencillamente porque a su hijo totalmente desvalido le ama totalmente, es decir, como un padre amoroso. He aquí una verdad básica en la vida humana: quien nos ama nos reconoce como personas, seamos quien seamos y estemos como estemos. El amor dignifica y rescata del olvido y de la muerte. Da más fuerza sentirse amado que creerse fuerte. Así de sencillo, pero así de verdadero”⁵.

Aunque con esta descripción, alguien podría argüir que es diferente el incapacitado que el malhechor. Cuando menos el imbécil es inocente. ¿Qué hay pues, de la dignidad de los malvados? ¿Es lo mismo la dignidad ontológica que la moral? Sabemos que no, pero con

3 Monsivaís, C.: *Proceso*, 23/08/98 - 1138.

4 Ibid.

5 Díaz, C.: *¿Quién es la Persona?* Inédito, p. 74.

frecuencia pensamos así y actuamos en consecuencia. Es curioso, pero sabiendo que nos hermanan la flaqueza y la vulnerabilidad, estamos más prestos a juzgar que a ser misericordiosos. Al querer actuar como criaturas a imagen y semejanza de Dios, optamos por el antiguo testamento más que por el nuevo.

“No surge, pues, del hombre o de la mujer la dignidad humana, sino de la gratuidad de Dios. Eso sí, a ella responde el ser humano con la exigencia ética y con el consuelo religioso. A mayor gratuidad por parte de Dios, mayor exigencia por parte del creyente. La religión es también afirmación absoluta del ser humano a la luz de Dios. No hay manera de afirmar a Dios sin afirmar al hombre, negando al hombre se niega a Dios. Y también, claro está, a mayor gratuidad por parte de Dios más agradecimiento por parte del ser humano, y por tanto más modestia: Dios ama a todos los seres humanos, y no solamente a los que decimos creer en él. Por eso muchas veces comprobamos cómo el Espíritu de Dios, que llena la faz de la Tierra, sopla donde quiere, derramando abundantemente su gratuidad en los para nosotros hermanos agnósticos, cuyo testimonio ejemplar a veces nos resulta rastro y rostro de Dios. De ellos, como afirmaba Mounier, en tantas ocasiones nos sentimos indignos de besar sus sandalias”⁶.

No nos acercamos a Dios por ser buenos, nos acercamos precisamente por necesitarlo. Nos creó para Él y nuestra alma estará inquieta hasta descansar en Él, como nos señala San Agustín.

Y si bien, alguno pudiera reconocer que tiene determinada autoridad moral, la misma que tiene el docente para acompañar al discente, elevándole desde la amorosa mirada no de arriba abajo cual corazón duro, sino de abajo arriba cual alma bella⁷ es por saber que también se ha sido corazón duro. El mismo padre Brown de Chésterton decía: “No hay hombre verdaderamente bueno que no haya primero capturado al peor de los criminales y lo tenga bien preso, precisamente debajo de su propio sombrero”.

En la comunión de los pecadores, en el camino que transitan los corazones inquietos (viaje sin fin entre el corazón duro y el alma buena), adquiere especial importancia la perspectiva de Schopenhauer sobre la compa-

sión como elemento constitutivo de la moral⁸; perspectiva a la que se opone Nietzsche con su crítica a partir de la impiedad del poderoso y ante la cual enarbola la alegría, como expresión vital, vigorosa que distingue al ser superior. Sin embargo, no concibe que puede haber una alegría profunda en aquellos que saben dar significado al sufrimiento, origen de la compasión.

◆ Los que se consideran buenos, muchas veces alcanzan a no apedrear a la adúltera, pero la señalan continuamente. Otros se retiran avergonzados. ¿No hubiera sido deseable que alguno, al menos, se quedara para consolarla diciéndole: también yo soy pecador, busquemos apoyarnos para superar nuestro mal?

En la fraternidad de los que se saben imperfectos, de los que caen continuamente, el acompañamiento es fundamental. Aunque el mal es un acto de aislamiento producido por la negación del otro, es también origen del sufrimiento de quien lo padece y de quien lo produce, pues el acto egoísta no provoca más que soledad. La compasión exige la empatía con el otro, bueno o malo.

Drama terrible es saber que en la dinámica Yo y Tú, no somos un Tú adecuado para el otro y por ello

es tan complicado el Yo para Ti, pues con frecuencia no tenemos mucho que dar, pues aun dándonos nosotros mismos, somos precarios, somos vulnerables, somos pecadores. Por eso el sentido de la compasión, pues ambos caminamos por la misma senda.

Las conductas derivan de intenciones previas y debemos juzgar los actos, las actitudes y los hábitos, más que a las personas. Pero al hacerlo así, ¿estamos seguros de no estar, en efecto, juzgando a las personas? Los que se consideran buenos, muchas veces alcanzan a no apedrear a la adúltera, pero la señalan continuamente. Otros se retiran avergonzados. ¿No hubiera sido deseable que alguno, al menos, se quedara para consolarla diciéndole: también yo soy pecador, busquemos apoyarnos para superar nuestro mal?

Qué hubiera sido de nosotros si el único verdaderamente bueno, no se hubiera compadecido de nosotros.

El padre aguarda con esperanza el regreso del hijo pródigo, pero el hermano mayor (no el de la parábola, sino Cristo), sale en su búsqueda, hasta encontrarlo, hasta mancharse con él en el estiércol de los cerdos y rescatarlo ahí. En efecto, Cristo es el único que tiene derecho a escribir nuestros pecados, pero lo hace sobre arena para que el viento de su misericordia borre la trasgresión.

6 Ibid., p. 78.

7 Cfr. Díaz, C.: *Enseñar a ser persona*. Inédito.

8 Cfr. Díaz, C.: *La persona en relación*. Inédito.

